

Mi 5,1-4a;
Sal 79;
Heb 10,5-10;
Lc 1,39-45

DANZA DE LA ALEGRÍA



Cerremos los ojos.
Hagamos un momento
de silencio... ¿Pueden ver la
escena? María está embarazada,

llega después de una semana de camino a la entrada de Eim Kerem, la aldea donde Isabel vive con su esposo Zacarías, en las afueras de Jerusalén (¡qué locura!). Las últimas millas fueron las más extenuantes, porque el lugar está situado en terreno elevado. Incluso el burrito que acompaña a la joven, respira jadeante; cargado de regalos para la anciana pariente, espera que aquella sea la última curva... He aquí, por fin se ve la plaza... El inconfundible estruendo de niños que juegan, gritan, dándose puntapiés... las mujeres del pueblo en un rincón del mercado, negocian el precio de la verdura con los comerciantes, ya que en Israel hay crisis y es necesario pedir rebajas... dos ancianos están descansando en otra parte, en aquel lugar desde el cual se domina todo y a todos, comentando las cosas habituales que suceden todos los santos días, como si el mundo estuviese todo allí.

María entrevé a Isabel entre los puestos del mercado, alza los brazos haciendo ademanes para llamar su atención. En ambas se notan las señales de la espera, pero en Isabel la evidencia es mayor... A ella no le faltará mucho; a ojo, un par de semanas. A María le falta mucho más. Las miradas se cruzan por un instante que parece eterno. Isabel deja la bolsa de las compras y corre con alegría al encuentro de María. Ésta suelta las riendas del burrito y corre, corre... Se encuentran, se abrazan... ríen como locas de alegría, se besan, gozan y sus vientres danzan de júbilo como si quisieran hablar. Danzan de alegría como dos niñas enloquecidas...

Sí, el mundo entero está realmente allí.

Oración

Señor, cada día parece igual al otro.
Mi Dios, he dejado de bailar cuando aún era niño.

Señor, cada lugar me parece igual al otro.
Mi Dios, ya ningún lugar me parece capaz
de hacerme dar volteretas de júbilo.

Señor, me han dicho que tu Espíritu
hace nuevas todas las cosas.
Mi Dios, he sabido que solo tu Espíritu
hace danzar de alegría.

Mi Señor y Redentor,
concédeme tu Santo Espíritu.
Abre mi corazón a recibirlo para que mi caminar
sea siempre un palpitar de alegría.
Amén.

